



forma eran más fuertes y, además, iban acompañados por periodistas», por lo que se convirtieron en el punto de mira de la opinión pública de medio mundo.

Aunque ya no de forma masiva, «seguirá habiendo caravanas», afirma el jesuita. El motivo de la desaparición de estos abarrotados convoyes es la nueva política migratoria del presidente mexicano López Obrador, que ha enviado 15.000 soldados y policías a la parte norte del país y otros 6.000 a la frontera con Guatemala –presionado por Trump y su amenaza arancelaria–, con el objetivo de interceptar y deportar a los migrantes. Pero los soldados no acaban con el miedo. Solo provocan que los centroamericanos «utilicen vías secundarias, donde el crimen organizado extorsiona, secuestra y mata más fácilmente».

González no habla de oídas. Lo vivió en primera persona el pasado mes de abril. «Diez jóvenes hondureños avanzaban por el Anillo Periférico de Guatemala. Era la primera vez que salían de su país, salvo uno de ellos, que ya lo había intentado antes y convenció a sus acompañantes de que continuasen por esa vía hasta llegar a la frontera con México». Cuando pasaban por la Zona 7, un sicario bajó de una moto y comenzó a dispararlos a la cara. Cuatro fueron heridos de gravedad y Evin, de 19 años, ingresó en el hospital en coma. Murió una semana

## No son solo caravanas de migrantes

Es un error llamar migrantes a los centroamericanos que huyen de los homicidios y la extorsión de las maras, ya que son personas «necesitadas de protección internacional, y como tal se les debe garantizar su derecho a solicitar asilo y a no ser deportados a sus países de origen», aseguran desde Save the Children. Según ACNUR, en 2017, 59.400 salvadoreños solicitaron asilo en EE. UU., 36.300 guatemaltecos y 34.900 hondureños, alcanzando niveles que no se registraban desde los años de las guerras civiles –década de los 80–. El jesuita José Luis González recalca que los solicitantes de asilo «no pueden ser rechazados de primeras», pero nada más lejos de la realidad. Tan solo una semana después del dardo estadounidense contra la política arancelaria de su vecino, México interceptó varios camiones con 791 hombres, mujeres y niños que viajaban por el sureste del país, con la excusa de deportarlos para dar «un golpe al negocio de los traficantes de personas», como aseguró el canciller del país, Marcelo Ebrard. Desde entonces, las autoridades mexicanas han devuelto a más de 45.000 personas a sus lugares de origen. Sorprendente resulta también para el jesuita el anuncio de Trump de proponer Guatemala como «tercer país seguro» para los solicitantes de asilo. «No es un país seguro ni siquiera para los guatemaltecos», sostiene. «Es indignante ver cómo el Gobierno de Guatemala se ha ofrecido para que sean los propios soldados estadounidenses los que controlen las fronteras del país. No se daba ni en tiempos de las repúblicas bananeras, cuando Estados Unidos ejercía el control y la defensa de la seguridad a través de los ejércitos de este país».

después, «un Jueves Santo, a la misma hora a la que le *balearon*». No tenía corona de espinas, recuerda González, «pero estaba desfigurado como el nazareno, con dos balas en el cráneo». «No sabemos quién pagó al sicario, pero estaba esperando a estos chicos, campesinos a los que su trabajo no daba ni para comer. Desde que se firmaron los Tratados de Libre Comercio entre Centroamérica y Estados Unidos, los campesinos ven que su traba-



Alberto Ares Mateos, SJ\*

## «No se vayan»

«No se vayan, no nos dejen solos! Ustedes son nuestro futuro, nuestra esperanza». Esta fue la frase que una ancianita repetía a un grupo de jóvenes de su pueblo durante una reunión sobre la realidad de la migración forzosa en Arcatao (Chalatenango) en El Salvador, muy cerca de la frontera con Honduras.

Estas semanas he participado en reuniones sobre migraciones y refugio en México y El Salvador. Representantes de la Red Jesuita a Migrantes se daban cita para proyectar una agenda común que dé respuesta a la realidad de la movilidad humana en el continente americano.

Las caravanas de migrantes, las decisiones de Donald Trump, el éxodo venezolano, las elecciones en Guatemala, la reciente toma de posesión del Gobierno en El Salvador, el incremento de los prejuicios hacia migrantes en Perú, la complejidad sociopolítica en Honduras y Nicaragua... son elementos que constantemente surgieron en nuestras conversaciones.

Las migraciones se han convertido en un fenómeno global. En muchos casos las personas se ven obligadas a dejar sus hogares por grandes necesidades, conflictos o violencia pero, aun así, existe una tendencia a generar miedo y recelo al diferente, a construir muros físicos e imaginarios... fruto de intereses económicos, políticos y sociales.

Pero la migración es un derecho y una dinámica que ha venido para quedarse, una riqueza para nuestras sociedades y una oportunidad para construir un futuro en esperanza.

Ningún estado o institución puede dar una respuesta por sí solo a la realidad migratoria actual. La realidad de la migración va asociada a flujos que recorren varios países desde una realidad mixta. La línea entre personas refugiadas, migrantes y desplazados cada día es más difusa. Hay una fuerte llamada a trabajar en red y generar espacios de colaboración. La Iglesia, junto a los organismos internacionales, se ha convertido en uno de los agentes que más está apoyando para acoger, promover, proteger e integrar a las personas migrantes y refugiadas.

Compartir en las comunidades de donde parten familias migrantes con su dolor y esperanza, recorrer los albergues donde toman respiro, escuchar sus historias de vida, asomarme a lo que los compañeros y compañeras planifican para dar una respuesta integral, compartir con investigadores en varias universidades... me habla de que juntos somos más.

**\*Coordinador adjunto del Servicio Jesuita a Migrantes España y director del Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones de la Universidad Pontificia Comillas**

AFP / Carlos Alonzo



Migrantes de El Salvador cruzan el río Suchiate, frontera entre Guatemala y México